Muerte de civiles en contextos de violencia política urbana. Casos, dinámicas y espacios en los últimos meses de la Unidad Popular

Francisco Javier Morales A.*

Introducción

La orientación general de la mayoría de los estudios sobre la Unidad Popular ha fijado su mirada en los aspectos institucionales de esta experiencia, remarcando así el peso de los factores formales de la política a la hora de entender los avatares y trayectorias del gobierno socialista.[1] Las investigaciones que recientemente han planteado perspectivas más sugerentes sobre la UP no logran desentrañar todavía algunos de sus nudos más problemáticos[2]. Ello es particularmente visible en temáticas referidas a la violencia política y al enfrentamiento entre opositores y partidarios del gobierno.[3]

* Magíster en Historia, Universidad de Santiago de Chile. Programa de Doctorado en Historia Contemporánea Universidad Autónoma de Madrid. E-mail: franciscoj.morales@estudiante.uam.es

[1] Algunos de los principales estudios que responden a la perspectiva institucional y política del tema son los de Alan Angell, *Chile de Alessandri a Pinochet en busca de la utopía* (Santiago: Andrés Bello, 1993); Luis Corvalán, *los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre* (Santiago: Universidad Bolivariana, 2004); Arturo Valenzuela, *El quiebre de la democracia en Chile* (Santiago: FLACSO, 1978).

[2] Podría citarse a este respecto los trabajos de Julio Pinto (ed.) *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular* (Santiago: Lom, 2005) y Julio Pinto, *Fiesta y drama. Nuevas historias de la Unidad Popular* (Santiago: Lom, 2014); Peter Winn, *Tejedores de la Revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo* (Santiago: Lom, 2004) y Claudio Rolle (coord.), *1973. La vida cotidiana de un año crucial* (Santiago: Planeta, 2003).

[3] El tema de la violencia política bajo la Unidad Popular ha sido trabajado desde distintas ópticas interpretativas. Un grupo de historiadores, cercanos a la derecha política chilena, abordó el tema bajo un criterio extremadamente utilitario, describiendo el fenómeno de la violencia política vivida bajo la Unidad Popular -y que se arrastraba, en su mirada, ya desde los sesenta- como una forma de justificar, implícitamente, tanto el golpe militar como las violaciones a los derechos humanos cometidas por la Dictadura (1973-1990). Ejemplo de ello son los textos de Patricia Arancibia Clavel, *Los orígenes de la violencia política en Chile. 1960-1973* (Santiago: Universidad Finis Terrae/Instituto Libertad y Desarrollo, 2001); Patricia Arancibia, María de los Ángeles Aylwin y Soledad Reyes del Villar, *Los hechos de violencia en Chile: del discurso a la acción* (Santiago: Universidad Finis Terrae/Instituto Libertad y Desarrollo, 2003); Adolfo Ibáñez, *Abrazado por la revolución: ideología y totalitarismo en Chile. 1960-1973*. (Santiago: Biblioteca Americana, 2004). Desde el mundo militar –que es desde donde surgió esta matriz interpretativa- desatacan los trabajos Carlos Molina y Francisco Balart. *La violencia política en Chile* (Santiago: Biblioteca Militar, 1999) y la obra del ex director de la DINA, Manuel Contreras. *La verdad histórica: El Ejército* Guerrillero (Santiago: Ediciones Encina, 2000). Desde otros ángulos, el fenómeno de la violencia política en Chile ha sido pensado desde una mirada crítica, aunque insuficiente, en relación a la tesis arriba comentada. Este es el caso de Luis Corvalán, *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile* (Santiago: Sudamericana, 2001). También, se ha

Tras el golpe militar de 1973 hubo diversas líneas de trabajo para abordar la reciente experiencia socialista[4]. Una de ellas fue definida por Franck Gaudichaud como de corte testimonial, pues correspondía a las reflexiones que diversos dirigentes de izquierda lograron publicar en el periodo inmediatamente posterior al golpe militar.[5] Se trató de verdaderos "ensayos militantes" que permitieron conocer una parte significativa de la memoria política del período, pero que sin embargo carecían de un trabajo sistemático de fuentes.

Junto a esta primera aproximación, Gaudichaud advierte que también se desarrolló, en una época más o menos coincidente respecto a la anterior, una línea de trabajo que se articularía en torno a los enfoques funcionalistas tan presentes en el mundo anglosajón y en particular en la ciencia política y la sociología de aquel entonces.[6] Ha sido dicho enfoque -que se detiene principalmente en los actores formales del sistema, enfatizando en los mecanismos que alteran o cohesionan la estabilidad institucional- la de mayor predominio e influencia dentro de las ciencias sociales en general, situándose inclusive como parte integrante de la memoria oficial del Chile de la transición. Así, la preeminencia y cobertura de esta perspectiva tuvo como contrapartida la virtual

---

reflexionado desde un enfoque histórico institucional a partir de la relación entre violencia y poder tanto en Latinoamérica como en el siglo XX chileno; Patricio Quiroga, "Treinta años después: Reflexiones sobre la violencia y el poder", en *Tres Décadas después. Lecturas sobre el derrocamiento de la Unidad Popular* (Santiago: Universidad Arcis, 2004). Gabriel Salazar, por su parte, ha abordado el tema de la violencia en Chile siempre desde la perspectiva histórico-popular que le es característica, es decir, explicitando la permanente tensión de lo popular con las estructuras formales de la política institucional. Véase, *La violencia política popular en las "Grandes Alamedas". La violencia política en Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico-popular)* (Santiago: Lom, 2006). Desde fuera de la historiografía también ha habido aportaciones sobre el tema. A comienzos de los noventa, un grupo de sociólogos buscó establecer algunas conexiones entre ciertos grupos marginales urbanos, sus contextos socioeconómicos y sociales y las conductas violentas allí ejercidas. A pesar de su significativo aporte, dicho estudio se remite únicamente a la Región Metropolitana, desatendiendo otros espacios y radios de acción: Javier Martínez, Eugenio Tironi y Eugenia Weinstein, *Personas y escenarios en la violencia colectiva* (Santiago: Sur, 1990). También desde la sociología política Tomás Moulián ha trazado algunos lineamientos sobre el tema. En su trabajo *Violencia y Política* (Santiago: FLACSO, 1981), desarrolla un análisis esencialmente teórico y conceptual en torno a la violencia como un eje transversal que invade problemáticamente distintas concepciones de mundo como la política, la democracia o el marxismo. Lo anterior le impulsa a desarrollar una reflexión más profunda en torno a los límites de la violencia y cómo se expresa esta bajo el paradigma del fanatismo/realismo. Una parte de estas reflexiones serán retomadas años más tarde por Moulián cuando proponga una interesante interpretación del Chile de los noventa a partir de la experiencia de la Unidad Popular. Véase: Tomás Moulián, *Chile actual. Anatomía de un mito* (Santiago: Lom, 1997). Véase en particular el capítulo titulado *La Unidad Popular: Del sueño a la pesadilla*, 151-170.

[4] Véase Franck Gaudichaud. "A 40 años del golpe. Historiografía crítica y pistas de investigación para (re) pensar la Unidad Popular." *Tiempo Histórico*, N° 6, 2013.

[5] Gaudichaud, *A 40 años*, 65.

[6] Gaudichaud, *"A 40 años"*, 70.

ausencia de otras miradas sobre la Unidad Popular, existiendo hasta el día de hoy una serie de campos prácticamente inexplorados (por ejemplo, el papel jugado por Brasil en el marco del golpe militar; la inserción de la UP en el sistema-mundo capitalista; las luchas de los trabajadores y organizaciones sindicales, entre otros.).[7]

Un interés similar en torno a las ausencias temáticas que oscurecen la mirada sobre el gobierno socialista es posible observar en Julio Pinto. Sus interrogantes más decisivas lo llevan a preguntarse por qué ciertos enfoques y temáticas se repiten con más insistencia dentro de algunos trabajos.[8] Metodológicamente sus preguntas se articulan en torno a dieciocho textos que Pinto escogió y que tienen como denominador común haber sido escritos por historiadores chilenos y estar orientados, como es de suponer, hacia la Unidad Popular, o a lo sumo dentro de etapas cronológicas que aunque sean más amplias que la fase 1970-1973 se encuentren de todos modos en las proximidades de la experiencia socialista.[9] Al analizar el conjunto de los escritos seleccionados, Pinto logra extraer algunas conclusiones importantes y llamativas. En su opinión, se trata de una producción más bien tardía, con predominio de historiadores cercanos al mundo de la izquierda y con una fuerte inclinación -al igual que como observa Gaudichaud- hacia las temáticas institucionales y sociales, dejando fuera otros enfoques como la economía y la cultura.

¿Cómo podrían explicarse, según Pinto, estas ausencias y sobre todo una producción historiográfica tan reducida? Para contestar esta pregunta, el autor desliza tres hipótesis tentativas[10]. La primera de ellas apunta al hecho de que para algunos historiadores, sobre todo aquellos que simpatizaron con el proyecto social y político de la Unidad Popular, la

[7] Gaudichaud, "*A 40 años*", 74.

[8] Julio Pinto. "Os fantasmas da Unidade Popular: Um vazio inquietante na historiografía chilena." *ANPHLAC*, N° 14, 2013.

[9] Una de las interrogantes que desea dilucidar el autor se refiere a si lo escrito sobre la Unidad Popular, por parte de los historiadores chilenos, constituye un aporte más bien escaso dentro del mundo académico. Cronológicamente, el autor estableció un periodo de cuarenta años (1973-2013) para guiar su selección. Inexplicablemente se dejó afuera a autores y obras como Gonzalo Vial. *Salvador Allende. El fracaso de una ilusión* (Santiago: Universidad Finis Terrae, 2005) y en general a historiadores reconocidos por su adscripción al mundo de la derecha. Si bien los enfoques de estos autores pueden parecer parciales y cargados de una ideología militante muy cercana a los énfasis de las Fuerzas Armadas, hubiese sido interesante incorporarlos dentro del análisis a fin de interrogarse, por ejemplo, por el espacio e importancia que ocupan este tipo de visiones dentro de la historiografía crítica respecto gobierno de Allende.

[10] Pinto, *Os fantasmas*, 37-38.

reconstrucción de este periodo resultaría una tarea dolorosa y traumatizante si se tienen en cuenta su dramático final y los 17 años de dictadura militar que le siguieron. Se trataría, pues, de heridas y cicatrices que en estos cuarenta años aún no han logrado cerrar. La segunda hipótesis se vincula de algún modo con la anterior ya que para estos historiadores, acota Pinto, la UP sería en buena medida una oportunidad histórica desaprovechada, lo cual abriría espacio, en caso de volver sobre ella, para recriminaciones y discusiones de todo tipo. La tercera hipótesis es la más inquietante de todas. Ella se interroga sobre la verdadera relevancia de la experiencia socialista para el Chile del siglo XXI y los elementos y lecciones que de aquél periodo podrían extraerse para el futuro inmediato de nuestro país.

Adicionalmente, el autor plantea una reflexión sobre los objetivos de la UP, en tanto cuerpo programático válido y realizable en el presente, y si acaso en el seno de la sociedad chilena actual el proyecto de la UP podría resultar igualmente convocante y atractivo. En última instancia, Pinto rescata lo que a su juicio sería una de las características más esenciales e intrínsecas de este proyecto, a saber, su historicidad densa, cuestión que la convierte en sí misma en una experiencia digna de ser estudiada.[11]

Situados en este punto del análisis, podríamos sostener que para un grupo importante de cientistas sociales el gobierno de la Unidad Popular sigue constituyendo un tópico de reflexión ineludible. Y ello es particularmente visible cuando estos investigadores se interrogan por los vacíos temáticos que hasta el día de hoy oscurecen la experiencia socialista dentro del campo historiográfico. En efecto, esta parece ser una preocupación casi existencial en los trabajos de Gaudichaud y Pinto, sobre todo en consideración del peso y resonancia que han tenido los enfoques sistémicos e institucionales a la hora de abordar la Unidad Popular.

Sin embargo, los vacíos y "fantasmas" que tanto inquietan a algunos autores todavía no logran incorporar, ni tampoco aproximarse, al tema de la violencia política bajo el gobierno socialista. Algunos autores han optado, en este sentido, por minimizar cualquier rasgo de violencia presente en el periodo, recalcando por contrapartida, la vigencia de las formas y marcos institucionales[12].

[11] Pinto, *Os fantasmas*, 39-41.

[12] Según Luis Corvalán, la lucha política, aunque exacerbada, se mantuvo en los sesenta dentro de los marcos institucionales, no decantándose acabadamente ni las acciones propugnadas por el MIR, de características más bien

Desde otro ángulo, cuando ha sido ineludible abordar esta problemática se la ha visualizado como un conjunto de hechos derivados de una acción estratégicamente coordinada por las fuerzas opositoras a la Unidad Popular, cuyo objetivo central era la creación de un clima generalizado de violencia a fin de desestabilizar al gobierno y abrir paso a la intervención militar. Es decir, la violencia política del periodo tendría autores, intelectuales y materiales, claramente identificados y por lo mismo responsables fundamentales de su decantación y desarrollo.[13] La UP sería, en este escenario, un actor más bien pasivo que debió soportar las oscuras maquinaciones de una oposición determinada a lograr su caída, cuestión que al materializarse dejaría una estela de violencia y extremismo. Allí cabrían las acciones de Patria y Libertad, el accionar de la Rolando Matus, la intervención de la CIA, etc. De este modo la violencia política parecería adquirir corporeidad únicamente en los comportamientos de aquellos elementos refractarios a la UP, quedando así segmentada y desconectada de la totalidad del contexto social y político en que se escenificó. En ese marco, no cabría realizar un estudio pormenorizado del problema de la violencia política bajo el gobierno socialista, pues su carácter y materialidad se encuentran tan ligadas a la estrategia de un sector en particular -el de la oposición a Allende- que su recorrido y evolución resultaría de sobra conocido.

La contraparte de esta mirada ha sido la denominada tesis sobre violencia política en el Chile de los sesenta y setenta, explicitada en el marco histórico del Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación de 1991[14]. En dicho marco, escrito por el abogado e historiador Gonzalo Vial Correa, se identificó a la izquierda chilena como un actor volcado hacia el camino de la violencia y el extremismo desde al menos la década del sesenta en adelante, tendencia que se

---

secundarias, ni la lucha armada anunciada por el Partido Socialista en su Congreso de Chillán de 1967. Por el contrario, esta década estuvo caracterizada por el respeto a las diferencias, el pluralismo y la no exclusión de grupos o tendencias. Estos rasgos, añade el autor, se prolongaron hasta los primeros años de los setenta. Véase Luis Corvalán, *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile* (Santiago: Sudamericana, 2001), 25-26.

[13] Esta línea de análisis ha sido explicitada, por ejemplo, por el sociólogo Manuel Antonio Garretón, quien al referirse específicamente al tema de la violencia bajo la Unidad Popular señalaría "Los hechos del violencia antes del 73 y después del 73 sí están en la memoria de muchos actores… [sin embargo] yo llamaría hechos de violencia a lo que hacía Patria y Libertad; no llamaría hechos de violencia a las tomas de fundos, pues las interpreto de otra manera." Véase, Manuel Antonio Garretón, "Memorias en disputa: consenso fáctico y lucha de contenidos", en, Andrés Estefane y Gonzalo Bustamante [comp.], *La agonía de la convivencia. Violencia política, historia y memoria* (Santiago: RIL, 2014), 153-160.

[14] *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*. Santiago, 1991, 34-39.

explicaría, entre otras cosas, por la recepción que aquella hiciera del ideario emanado desde algunas experiencias propias de esa época como fue el caso de la Revolución cubana[15]. A partir de entonces, apunta esta tesis, la vía armada se situó en el centro de la estrategia política de la izquierda, cuestión que tensionaría y polarizaría al sistema institucional en su conjunto, siendo los años del gobierno de la Unidad Popular su fase más álgida[16]. Desde esta perspectiva, pues, el tema de la violencia política se instala como un constructo instrumental de corte más bien ideológico, que ha sido asumido como parte integrante de la argumentación de las fuerzas armadas y la derecha a la hora de interpretar la historia reciente de Chile. Así, el golpe militar y las posteriores violaciones a los derechos humanos, en tanto eventos reactivos a un cuadro generalizado de violencia política decantado fundamentalmente por la izquierda, quedarían de algún modo justificadas.

Mirado en su conjunto, ambas perspectivas no han logrado abordar seriamente el fenómeno de la violencia política bajo la Unidad Popular, ya sea por la desafección o prejuicios de algunos, o bien, porque se la ha instrumentalizado a fin de justificar el cuestionable accionar de ciertos actores. La violencia política se diluye así en un mar de recriminaciones y visiones parciales que no permiten una mirada reflexiva de mayor alcance, ni tampoco instalarla dentro de la experiencia misma de la Unidad Popular ya no como un elemento utilitario que divide maniqueamente el análisis, sino como un fenómeno complejo con sus propias dinámicas y puntos de contacto con otras áreas de la experiencia socialista, es decir, con su propia densidad histórica.

[15] La figura de Gonzalo Vial Correa resulta polémica debido a que años después de participar en la referida Comisión reconocería a través de la columna semanal que mantenía en un vespertino capitalino, ser uno de los redactores del Libro Blanco del Cambio de Gobierno en Chile publicado en las semanas posteriores al golpe militar de 1973. Véase, *La Segunda*, Santiago, 2 de febrero de 1999, 8. Como sabemos, el Libro Blanco fue utilizado por las Fuerzas Armadas como un instrumento de propaganda dirigido a justificar el reciente golpe toda vez que allí se publicaban una serie de documentos, supuestamente fidedignos, que revelaban los planes armados de la Unidad Popular, y de la izquierda en general, tendientes a controlar vía autogolpe la totalidad del poder. En la práctica esto significaba la eliminación física de todos los elementos opositores al gobierno socialista. En buena medida, la idea en torno a una izquierda abanderizada por el camino de la violencia quedaba meridianamente explicitada en este texto, por lo que el marco histórico desarrollado en el Informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación del año 1991 fue un punto de llegada de una tesis que se venía sosteniendo, en particular por el mundo uniformado y algunos civiles como Gonzalo Vial, ya desde la década del setenta. Véase, *Libro Blanco del cambio de gobierno en Chile. 11 de septiembre de 1973*. Secretaría General de Gobierno (Santiago, Editorial Lord Cochrane, 1973) [2ª edición].

[16] *Informe de la Comisión Nacional*, 36.

En virtud de los antecedentes expuestos, el presente texto es un intento, inicial y tentativo, por distanciarse de los enfoques ya señalados y abordar, en su compleja dimensión, el problema de la violencia política[17]. Esta "tercera vía", a pesar de su distanciamiento equidistante respecto a otras visiones, no debe entenderse como un posicionamiento borroso e ininteligible (una suerte de no lugar para aproximarse acríticamente al objeto) sino que constituye, a nuestro entender, un ejercicio que va en sentido contrario, es decir de recuperación crítica de nuestro pasado, sobre todo de aquellos fenómenos que han sido olvidados (¿tal vez conscientemente?), o bien, trabajados de forma insuficiente.

Nuestro punto de partida es un análisis que fije su mirada en las dinámicas de violencia política urbana ocurridas en la fase final del gobierno de la Unidad Popular y más específicamente en la muerte de civiles ocurridas en dichos contextos Se trata de una primera entrada y lectura sobre el problema, pero no a partir de un énfasis acusatorio respecto de las responsabilidades estratégicas de algunos actores -a fin de justificar otras formas de violencia- ni tampoco como un tema tabú que es necesario silenciar y alejar de nuestra memoria. Como se puede advertir, se trata de un enfoque pocas veces visto dentro de los estudios historiográficos, pues busca entender el conflicto socio-político de entonces a partir de las dinámicas y acontecimientos, en este caso de violencia política urbana, materializadas por actores civiles.

Se podría pensar, intuitivamente, que la muerte de civiles bajo la UP fue una dinámica anómala e irrelevante, con casos ocurridos en lugares aislados –sobre todo en espacios rurales- y sin patrones comunes en cuanto a sus características más esenciales. Sin embargo, al reflexionar en este tipo de sucesos e historiar los casos (cerca de treinta y cinco civiles muertos entre octubre de

[17] La reflexión de las ciencias sociales en general ha buscado, desde el siglo XIX en adelante, establecer y comprender las principales causas de la violencia en la sociedad moderna. Se trata de una reflexión relativamente reciente, pero que no obstante ha logrado exponer un abanico amplio de explicaciones sobre el fenómeno. En esa línea, las propias dinámicas sociales y políticas del siglo XX contribuyeron a ensanchar el análisis. Para una discusión en torno a la trayectoria de los estudios sobre la violencia véase, Igor Goicovic; Julio Pinto, Ivette Lozoya & Claudio Pérez (compiladores), *Escrita con sangre. Historia de la violencia en América Latina: Siglos XIX y XX*. Universidad de Santiago de Chile- Ceibo Ediciones- Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, 2013, pp. 7-22. En nuestro caso, la categoría más importante de análisis es la de violencia política civil. Por ella entendemos un conjunto de prácticas y comportamientos de violencia que son materializados por actores civiles en contextos de aguda polarización política. Es decir, la violencia no se dimensiona aquí a partir de su desarrollo en los espacios institucionales o formales del sistema (mecanismos de control o coerción), sino como un fenómeno que se encuentra alojado históricamente en el seno mismo de la sociedad civil, apareciendo intermitentemente a lo largo de diversas etapas. Podría sostenerse tentativamente que los últimos meses de la Unidad Popular fueron, en buena medida, la expresión más nítida de la violencia política civil durante el siglo XX chileno.

1972 y septiembre de 1973) llegamos a una situación problemática, recurrente y que yace, a veces inerte pero un tanto incómoda, en el centro mismo de la experiencia socialista. De esos treinta cinco civiles muertos centraremos nuestro análisis en los cinco casos más representativos en virtud de su desarrollo, significado y relevancia.[18] El criterio que orientó la selección de estos casos radica fundamentalmente en las características personales de las víctimas: en su mayoría se trataba de militantes activos de partidos o movimientos políticos del periodo, cuestión que hace presumir que en la materialización de sus homicidios el factor político jugaría un rol preponderante, sobre todo en escenarios de alta conflictividad y enfrentamiento urbano. En otras palabras, la militancia social y política de las víctimas, y con seguridad la de sus victimarios, se revela como un factor detonante de las acciones que terminarían en los hechos de sangre que pudimos reconstruir.

¿Por qué la muerte de civiles en un periodo específico resultaría representativa de un cuadro generalizado de violencia política? Esta pregunta es relevante en virtud de las distintas dimensiones en que se puede materializar y observar este problema. En ese sentido, la muerte de actores civiles no sería más que un segmento de una imagen mayor; una pieza aislada entre las miles que conforman un puzle de gran extensión. Sin embargo, esta pieza es una de sus expresiones más relevantes y por ende más significativa, pues materializa la violencia en un contexto particular, con sujetos de carne y hueso, sin diluirse en una reflexión meramente conceptual. En otras palabras, nos muestra la expresión más cruenta de la violencia política; el punto límite que ha sido traspasado. No se trata, en fin, de casos aislados, ocurridos en los márgenes de la experiencia socialista. Son actores que desaparecieron del espacio público a manos de otros actores que se suponen poseedores de un mismo estatus jurídico, pero que las dinámicas y contextos de un momento en particular les hicieron visualizarse como enemigos.

Los elementos hasta aquí reseñados implican el planteamiento de al menos dos interrogantes centrales. En primer término, nos interesa dilucidar si acaso es factible y pertinente hablar de un cuadro o etapa de violencia política bajo la UP, al menos bajo sus últimos doce meses de existencia. En segundo lugar, deseamos interpelar a nuestro propio objeto de estudio e indagar si

[18] Para un estudio en profundidad respecto a los civiles muertos en los meses finales de la Unidad Popular, véase Francisco Morales A. "Los mataron a balazos… a golpes… y a piedrazos. Muerte de civiles en contexto de violencia política urbana. Chile, octubre de 1972 a septiembre de 1973" (Tesis de Magíster, Universidad de Santiago, 2016).

acaso la muerte de civiles fue una dinámica representativa de ese periodo en específico, o bien, se trató de casos aislados sin mayor conexión con el acontecer nacional. A partir de estos ejes, se desprenden otras interrogantes más específicas en torno a las causas, mecanismos y consecuencias de los casos aquí relatados. En el desarrollo del texto aspiro a responder el conjunto de estas interrogantes, las que en virtud de su preponderancia serán retomadas en las conclusiones.

El planteamiento central que cohesiona los elementos arriba descritos sostiene que la muerte de civiles, en los casos aquí consignados, no constituyó una situación anómala dentro de la lucha política que se vivía entonces en el Chile de la Unidad Popular, sobre todo en los meses finales del gobierno socialista. Por el contrario, dicho fenómeno alcanzó cierta periodicidad con el paso del tiempo, constituyéndose en un mecanismo factible, y posiblemente el más extremo, dentro de la pugna social y política verificada entre octubre de 1972 y septiembre de 1973. De esta manera, la muerte de civiles, a manos de otros civiles, sería una dinámica que respondería a lógicas esencialmente racionales, y en ocasiones premeditadas, las cuales tuvieron como objetivo central la eliminación física de un oponente de modo que éste desapareciera del espacio público.

Como se puede advertir, nuestro enfoque ha optado por hacer confluir algunos aspectos de la historia política con la reconstrucción microhistórica de algunos fenómenos. El núcleo central de esta investigación es la violencia urbana y los casos de civiles muertos dentro de ese contexto. Ello implica considerar a la violencia como un fenómeno social, dinámico, capaz de reconfigurarse y reproducirse en distintos escenarios a través de la acción, la mayoría de las veces premeditada y calculada, de diversos actores, sean estos individuales o colectivos.

2.- Muerte de civiles en los meses finales de la Unidad Popular. Casos, dinámicas y espacios

Los casi doce meses transcurridos en Chile entre octubre de 1972 y septiembre de 1973 constituyen un periodo complejo y gravitante de nuestro pasado reciente. Por cierto aquél se inserta dentro de una experiencia mayor, el gobierno de la Unidad Popular, y este a su vez dentro de un marco mundial y epocal de amplia significación. Sin desconocer la importancia de estos vínculos nuestra investigación apuesta por profundizar en los fenómenos y coyunturas locales de aquel periodo más específico, es decir, el de los últimos meses del gobierno socialista.

Siguiendo esta orientación, cabría señalar preliminarmente que desde el segundo semestre de 1972 se dibujaba un panorama más bien incierto para la Unidad Popular. Los buenos recuerdos de 1971 quedaban atrás y los problemas estratégico-políticos del proyecto, sumado a la actuación de consuno que venía desarrollando la oposición asomaban como los desafíos más complejos para la supervivencia de la *Vía chilena al socialismo*.

Si la lucha político-institucional fue adquiriendo un perfil de permanente tensión entre dos sectores que se percibían como excluyentes entre sí (gobierno versus oposición), la lucha callejera asumió análogas características. Claro está que en este tipo de escenarios, el enfrentamiento y la confrontación hacían visible de forma mucho más marcada la violencia y el fanatismo.[19]

Hasta fines de 1971, la agitación social parecía entenderse, todavía, como el reflejo de una sociedad activamente movilizada que se sentía partícipe de un momento trascendente de la historia nacional. Los hechos de violencia producidos hasta entonces -a diferencia de lo ocurrido entre fines de 1972 y septiembre de 1973- no lograron imprimirle un carácter particularmente violento al periodo. Más bien aquellos parecían situarse como hechos aislados que no eran representativos de las dinámicas generales en curso. ¿Qué cambió entonces hacia 1972? Una multiplicidad de factores nos permite una aproximación al problema. Tres elementos resultan característicos de la etapa 1972-1973 respecto al ciclo anterior, marcando una diferencia sustantiva entre ambas etapas. Estos elementos se refieren al carácter que alcanzó el conflicto político, el espacio temporal que medió entre cada muerte de civiles, es decir su recurrencia, y las formas específicas que decantaron cada fallecimiento.

Respecto al tipo de conflicto político, cabe señalara que para 1972, los énfasis del gobierno suponían profundizar las medidas que transformarían las estructuras político-económicas del país, pensando siempre en la instauración del socialismo como horizonte estratégico. Lo anterior

[19] Un ejemplo de esta abierta confrontación pudo observarse con nitidez a mediados de 1972. El 21 de agosto, por ejemplo, se decretó Zona en Estado de Emergencia para la provincia de Santiago a raíz de los violentos incidentes producidos tras el descerrajamiento de negocios particulares ordenado por la Dirección de Industria y Comercio (DIRINCO), en el marco de una escasez que se incrementaba periódicamente. El Estado de emergencia se mantuvo por casi una semana, hasta el 28 de agosto. Un registro periódico, y bastante útil a efectos de consultar acontecimientos y situaciones específicas, es posible encontrar en el texto de Manuel Salazar, *Chile 1970-1973* (Santiago*:* Sudamericana, 2003).

coincidía con las primeras dificultades y desajustes que mostraba el programa de la UP, posibles de palpar, tímidamente, a fines de 1971, pero de forma patente a lo largo de 1972. En esta línea, los problemas de abastecimiento y circulación de mercaderías e insumos de primera necesidad se constituyeron como los problemas más apremiantes para buena parte de la ciudadanía.

Unido a lo anterior, las manifestaciones, huelgas y protestas alcanzaron cierta periodicidad, ya sea porque buscaban respaldar las medidas del gobierno, o bien, porque se oponían férreamente a las mismas. En un punto intermedio se ubicaron aquellas huelgas y "paros" que simplemente solidarizaban con uno u otro sector. De este modo, las manifestaciones de protesta desarrolladas a partir de 1972, mostrarían periódicamente mayor violencia y extremismo, incrementando el número de heridos y detenidos. Como es de suponer, gran parte de los procesos y acontecimientos hasta aquí descritos fueron acompañados de sus respectivos soportes discursivos. Casi en su totalidad se trató de recursos retóricos igualmente extremistas, los cuales, conforme avanzaba 1972, adquirieron mayores dosis de intransigencia y fanatismo. Y ello fue posible de advertir tanto en organizaciones y partidos de gobierno como también en los de oposición.

Así, en los casi tres años de gobierno unipopular, el periodo octubre de 1972-septiembre de 1973 es el que condensa, a todas luces, los hechos de violencia más significativos y complejos. De hecho los atentados con elementos incendiarios y explosivos alcanzaron una periodicidad constante, al tiempo que su capacidad de destrucción material también fue considerable, ya sea en bienes de uso público como líneas férreas, transportes, oleoductos, o bien, en contra de la propiedad privada en general.

En cuanto a la temporalidad y materialización de las muertes civiles en escenarios de violencia política urbana, cabría precisar que estas serían a todas luces más crueles e inclementes, con una recurrencia, en la fase octubre 1972-septiembre 1973, de casi un civil muerto cada quince días[20]. Creemos observar, como apuntamos en la hipótesis de este capítulo, que la eliminación física de un oponente o contrincante político no es posible entenderla a partir de situaciones accidentales o

[20] Recordemos que por razones de espacio, este capítulo se centra en detalle en las cinco muertes más representativas del período y no considera la totalidad de los casos, aún cuando los menciona brevemente como parte del contexto general.

por la acción de sujetos perturbados mentalmente. Muy por el contrario, la eliminación de un oponente significaba anular su presencia en el espacio público, mermando así la capacidad de acción y representación del rival. De paso se reafirmaba la subsistencia y superioridad política -del victimario- en un contexto que se visualizaba como de abierto enfrentamiento. Una observación adicional se refiere a los recursos que, en poder de los victimarios, materializaron cada muerte. Se trató fundamentalmente de armas de fuego pero también de ciertos elementos, que hasta entonces parecían vincularse con la batalla callejera pero no con la muerte, como piedras y extremidades corporales.[21]

De tal modo entonces, el escenario social y político abierto a mediados de 1972 guardaba diferencias ostensibles respecto a aquel periodo que le antecedió. La confrontación en espacios urbanos entre grupos políticamente enfrentados se articulaba en torno a algo que iba más allá del control de la calle o choques aislados. El conjunto de los conflictos sociales y políticos estaban determinados en buena medida por la continuidad del proyecto socialista, con todas sus ambigüedades y tensiones internas, o bien, por su fracaso y caída final. Ambas posiciones no eran simplemente estrategias conceptuales de la alta política, sino que podían escenificarse en los distintos espacios del quehacer público; desde la tribuna parlamentaria hasta el conflicto local situado en cualquier barrio de las grandes urbes. Es esta lógica de triunfos o derrotas totales lo que comenzaba a determinar buena parte de las confrontaciones en los últimos meses de la Unidad Popular. En ese marco, se sitúan espacial y temporalmente las muertes de civiles que ahora revisaremos.

El primer mártir nacionalista "asesinado por un marxista." El caso de Héctor Castillo Fuentealba

En diciembre de 1972, el clima de enfrentamiento, derivado del reciente paro de camioneros, alcanzaría cierta distención.[22] Desde ya las principales carreteras y caminos lucieron despejados,

[21] La muerte de Juan Bautista Ayala, ocurrida el 26 de julio de 1973 a causa de una pedrada, es abordada más adelante. Héctor Caamaño Montanares, simpatizante de la UP, fue golpeado salvajemente en la ciudad de Traiguén en la madrugada del día 5 de febrero de 1973, lo que le causaría horas más tarde la muerte. Para mayores detalles véase cita n° 35.

[22] En el contexto del paro de los camioneros se produjo la muerte de cuatro civiles. En tres de los cuatro casos el fallecimiento se produjo por la acción de patrullas militares que custodiaban el orden público. Las víctimas fueron Orlando Silva (11-10-1972), Sergio Olivares (17-10-1972), José Fernando Carrera (21-10-1972) y Eduardo Jara

sin las aglomeraciones ni tumultos que le caracterizaron en octubre. Solamente algunas marchas y connatos aislados lograron irrumpir en algunos centros urbanos. En este clima de aparente calma se produjo, no obstante, la muerte de Héctor Castillo Fuentealba.

Los hechos ocurrieron en Chillán el día miércoles 20 de diciembre de 1972, cuando se daban a conocer los resultados electorales de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile de esa ciudad, los que favorecieron, preliminarmente, a la oposición. Ello significó el inicio de escaramuzas y pugilatos entre diversos grupos al interior del campus universitario. Rápidamente la situación se salió de control y derivó en violentos incidentes que se extendieron más allá de la Universidad, alcanzando las principales arterias de la ciudad. Los principales medios de prensa escrita coincidieron en que la muerte de Héctor Castillo Fuentealba se produjo en el contexto de estos incidentes. Sin embargo, la responsabilidad de quienes acometieron dicho crimen difiere ostensiblemente según la óptica de cada periódico.

Para *El Mercurio* fueron elementos ligados a la Unidad Popular quienes atacaron unilateralmente a Castillo en la intersección de las calles Arauco y Maipón en pleno centro de Chillán[23]. El semanario *Qué Pasa*, en una línea interpretativa similar sostuvo que los atacantes eran militantes locales del Partido Socialista[24]. La revista *Patria y Libertad*, órgano de difusión del movimiento nacionalista del mismo nombre, sostuvo taxativamente que los responsables fueron miembros de

---

Contreras (3-11-1972). No deja de llamar la atención que en estos cuatro casos los proyectiles provenientes de las armas de fuego utilizadas por los victimarios (fuesen uniformados o civiles) impactaran en regiones sensibles del cuerpo como cráneo, tórax y abdomen lo que auguraba una muerte casi segura. La muerte de Orlando Silva (Certificado de defunción folio 15433590, N° de inscripción 803, 1972) se encuentra descrita en *El Mercurio*, Valparaíso, 12 de octubre de 1972, 12 y *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 12 de octubre de 1972, 24. El caso de Sergio Olivares (Certificado de defunción folio 15433684, N° de inscripción 567, 1972) fue abordado por *El Mercurio*, Valparaíso, 19 de octubre de 1972, 3 y *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 19 de octubre de 1972, 24. Para la muerte de José Fernando Carrera (Certificado de defunción folio 15845696, N° de inscripción 1.088, 1972) véase, *La Segunda*, Santiago, 21 de octubre de 1972, 24 y *El Siglo*, Santiago, 22 de octubre de 1972, 8. Finalmente, el caso de Eduardo Jara (Certificado de defunción folio 15844753, N° de inscripción 1.171, 1972) fue abordado, entre otros, por *La Tercera*, Santiago, 4 de noviembre de 1972, 11; *El Mercurio*, Santiago, 4 de noviembre de 1972, 10 y *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 4 de noviembre de 1972, 32.

[23] *El Mercurio*, Santiago, 22 de diciembre de 1972, 1.

[24] *Qué Pasa*, 28 de diciembre de 1972, 7. Según José Díaz Nieva, citando fuentes vinculadas a la oposición, el autor de los disparos fue el militante socialista Óscar Carpenter Villagra, presuntamente ex miembro del GAP. Tras meses de investigación judicial y cuando se acercaba el momento de su detención, Carpenter habría tenido una cinematográfica fuga que lo llevaría desde Buenos Aires a La Habana. Véase, José Díaz Nieva, *Patria y Libertad. El Nacionalismo frente a la Unidad Popular* (Santiago: Centro de Estudio Bicentenario, 2015), 183.

la UP, quienes actuaron en el contexto de una "agitada noche de disturbios y borrachera violentista."[25]

El periódico local *La Discusión* logró entregar mayores detalles sobre lo ocurrido, haciendo en primer lugar, un balance de todos los perjuicios materiales que dejaron los enfrentamientos en la noche del 20 de diciembre, lo que incluyó numerosas vitrinas comerciales y cabinas telefónicas destrozadas y cerca de 32 viviendas particulares con daños de diversa consideración[26]. En lo que respecta al crimen, el matutino sostuvo que fueron individuos no identificados quienes haciendo uso de armas de fuego dieron muerte a Castillo a una distancia de 200 metros del recinto universitario.[27] Sobre la militancia de la víctima, *La Discusión* lo identifica como un joven nacionalista.

Aportando otros antecedentes de lo ocurrido, el matutino penquista *El Sur* señaló que ante los incidentes producidos en el recinto universitario, los dirigentes universitarios de la CODE habían ordenado a sus bases retirarse del lugar. Ante ello –continua el periódico- un grupo de adherentes de la UP persiguió a los estudiantes opositores hasta el centro de Chillán, originándose entonces los incidentes entre ambos bandos.[28]

Radicalmente distinta es la versión que entrega el periódico *El Siglo* sobre estos hechos. El matutino comunista apuntó abiertamente al nacionalismo *frentepatrista* como responsable del crimen. De hecho, el titular que acompañó la noticia fue bastante sugerente a este respecto: "PABLO RODRÍGUEZ PROVOCÓ LA VIOLENCIA CRIMINAL."[29] Adicionalmente, el periódico consignó la declaración del Subsecretario del Interior, Daniel Vergara, quien además de hacer un breve recuento de lo sucedido indicó que el gobierno le solicitó tanto a Carabineros como a la Policía Civil el máximo de antecedentes a fin de aclarar el homicidio de Castillo. En la

[25] *Patria y Libertad*, Año 1, N° 26, 28 de diciembre de 1972, 2.

[26] *La Discusión*, Chillán, 21 de diciembre de 1972, 1.

[27] *La Discusión*, Chillán, 22 de diciembre de 1972, 2.

[28] *El Sur*, Concepción, 22 de diciembre de 1972, 1.

[29] *El Siglo*, Santiago, 22 de diciembre de 1972, 3.

parte final de su declaración, Vergara no dudó en atribuir la autoría del crimen a Patria y Libertad…"y desde luego –sentenció el subsecretario- a su cabecilla Pablo Rodríguez."[30]

Sobre la militancia política de Castillo Fuentealba también existió cierta confusión. Se informó en un primer momento que éste era militante del Partido Nacional y de la Democracia Radical, sin embargo, ninguna de estas agrupaciones reconoció que la víctima militara en sus filas. La referencia más explícita y aclaratoria sobre la militancia de Castillo fue publicada por *El Sur* de Concepción al día siguiente de su muerte, información que no obstante fue ignorada en otros medios. En dicha edición se incluyó la versión de la directiva local de Patria y Libertad que reconoce a Castillo como militante de sus filas, al tiempo que responsabilizaba a elementos de la Brigada Ramona Parra (BRP) como los autores del ataque a la sede local del movimiento.[31] A fin de mes, la revista oficial de Patria y Libertad haría un sentido homenaje a su militante fallecido titulando en primera página y con grandes caracteres: "HÉCTOR CASTILLO FUENTEALBA PRIMER MÁRTIR NACIONALISTA ASESINADO POR UN MARXISTA."[32]

En lo que respecta al crimen en sí, no existe total claridad sobre sus autores. Cabe suponer únicamente algunos indicios. El primero de ellos se refiere al contexto. En este caso se trató de enfrentamientos entre grupos políticos rivales en un espacio urbano de relativa extensión. Allí, como es común en otros casos, los connatos y amenazas entre los sujetos en disputa suelen aumentar en intensidad y temperatura. Rápidamente los gritos y vociferaciones ceden su espacio a las agresiones, empleándose para ello diversos instrumentos. Todo hace pensar que Castillo Fuentealba se involucró directamente en los incidentes que se desarrollaron en el centro de Chillán aquella noche del 20 de diciembre.

Dos antecedentes nos permiten suponer este hecho. En primer lugar la militancia de la víctima: una agrupación de corte paramilitar -Patria y Libertad- que gustaba disputarle la calle a la izquierda, constituyéndose para estos efectos en una verdadera fuerza de choque. Con seguridad, Castillo Fuentealba recibió algún nivel de instrucción en técnicas de defensa y ataque, las cuales

[30] *El Siglo*, Santiago, 22 de diciembre de 1972, 3.

[31] *El Sur*, Concepción, 22 de diciembre de 1972, 14.

[32] *Patria y Libertad*, Santiago, 28 de diciembre de 1972, 1.

le permitirían sortear alguna situación conflictiva, de enfrentamiento con otros individuos, en que se viera involucrado. En segundo término, las informaciones de prensa coinciden en señalar que Castillo no se encontraba sólo al momento de morir, pues junto a él se hallaban Mauricio Pinal Sepúlveda, estudiante de 20 años, simpatizante del Partido Nacional, y Jorge Guíñez Silva, 42 años, secretario regional de este último partido.[33] Así, la posibilidad de un enfrentamiento abierto entre el grupo de Castillo -todos pertenecientes a la oposición más dura a la UP- y grupos de izquierda resultara altamente probable en un escenario de violencia desatada como la ocurrida en la noche del 20 de diciembre en Chillán. Con todo, cuesta imaginar que la víctima haya sido un testigo pasivo de los hechos, siendo accidentalmente alcanzado por un balazo. De hecho, la mayoría de las informaciones coinciden en señalar que Castillo sufrió el ataque de terceros en un contexto de confrontación abierta entre grupos rivales.[34]

Creemos observar en la muerte de Castillo un acontecimiento que logra articular dos etapas cuando el clima de enfrentamiento y polarización parecía haber disminuido. Por una parte, el asesinato de Castillo hizo recordar y establecer un punto de conexión inmediato con aquellas complejas semanas verificadas en octubre a raíz del paro de los camioneros, en donde el extremismo y la violencia parecieron ser la norma a la hora de resolver las disputas en curso. Por otro lado, este crimen nos conecta con las fases siguientes, ocurridas a lo largo de 1973, en donde la muerte de militantes políticos fue más palpable y característica que en años anteriores.

Situado en su propio tiempo y condicionalidad histórica, la muerte de Héctor Castillo Fuentealba, militante activo de Patria y Libertad, parece ser extemporánea a la tendencia general que se había desarrollado en el país en diciembre de 1972, ligándose más bien a fenómenos que habrían de ocurrir en los meses siguientes. Es precisamente esta particularidad y extemporaneidad lo que le otorga un carácter especial y acaso único. Aquel nos permite traer, a diciembre de 1972, las dinámicas más significativas del enfrentamiento social y político verificado en octubre y al

[33] *El Mercurio*, Santiago, 22 de diciembre de 1972, 1.

[34] El certificado de defunción de Castillo Fuentealba corrobora en su causa de muerte la acción de terceros, además de señalar un shock anemia aguda por herida de bala en el hemitorax derecho. Adicionalmente, fija su hora de defunción a las 00:30 del 21 de diciembre. Servicio de Registro Civil e Identificación, folio 15721006, N° de inscripción 1.001, 1972.

mismo tiempo adelantar algunos fenómenos, como la muerte violenta de militantes políticos, que ocurrirán a lo largo de prácticamente todo 1973.

José Pino Navia. Una víctima en el marco de la campaña electoral de enero-febrero de 1973[35]

El domingo 7 de enero de 1973, en pleno marco de la campaña electoral parlamentaria, se realizó en la Población Las Casas de la comuna de Barrancas, un acto de proclamación de la candidatura senatorial de Volodia Teitelboim. En un hogar de la calle Salvador Gutiérrez, signado con el número 6194, se había congregado un gran número de militantes comunistas y adherentes de la Unidad Popular. Inclusive el propio Teitelboim había asistido al lugar. Luego de terminado el encuentro se produjo un violento enfrentamiento entre los partidarios de la UP y miembros de la oposición. En la refriega resultaría muerto de un disparo el militante comunista José Tomás Pino Navia, de 59 años de edad.

Como era habitual, las versiones de lo sucedido resultaron contradictorias de acuerdo a la orientación de cada medio. El periódico comunista *El Siglo* enfatizó que la muerte de Pino Navia fue provocada por la acción unilateral de la derecha, fijando la hora del asesinato a las 23:35 de la noche, es decir, cuando el acto político ya había terminado. Según informa este medio, el autor material del crimen fue Humberto Hernández, conocido como "*El Beto*", quien junto a su padre y hermanos trabajaban para la derecha desde hacía algún tiempo, involucrándose en continuos incidentes y provocaciones hacia miembros de la UP. De hecho, acota el periódico comunista, la muerte de Navia se produjo tras la agresión que acometieran los Hernández en contra Agustín Lagos, presidente de la JAP del sector. Al percatarse de estos hechos, Pino Navia y otros manifestantes se dirigieron a defender a Lagos ocasión en que Humberto Hernández habría

[35] Además de la muerte de Pino Navia, también fallecieron en este periodo: Héctor Caamaño Montanares (5 de febrero), a raíz de una golpiza propinada por elementos ligados a la oposición, en la ciudad de Traiguén, Oscar Pineda Calisto (8 de febrero) producto de un disparo en el marco de violentos incidentes producidos en la ciudad de Valdivia y Jaime Iglesias Contreras (19 de febrero) a raíz de un disparo de perdigón producido en un confuso incidente político ocurrido de madrugada en la zona de Quilicura. Para el caso de Héctor Caamaño (Certificado de defunción folio 13381068, N° de inscripción 21, 1973) véase, *El Siglo*, Santiago, 9 de febrero de 1973, 1 y *El Diario Austral*, Temuco, 10 de febrero de 1973, 12. La muerte de Pineda Calisto (Certificado de defunción folio 16805197, N° de inscripción 38, 1973) registra versiones contrapuestas en al menos dos periódicos. Véase: *El Mercurio*, Santiago, 9 de febrero de 1973, 21 y *El Siglo*, Santiago, 11 de febrero de 1973, 3. Una versión local de lo ocurrido se encuentra en *El Correo de Valdivia*, 10 de febrero de 1973, 6. La muerte de Jaime Iglesias (Certificado de defunción folio 16805761, N° de inscripción 381, registro E1, 1973) fue abordada, entre otros, por *La Prensa*, Santiago, 20 de febrero de 1973, 9, *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 21 de febrero de 1973, 24 y *La Nación*, Santiago, 22 de febrero de 1973, 5.

extraído una pistola calibre 38 con la cual disparó en la cara de la víctima ocasionándole la muerte de forma instantánea.[36]

La versión del vespertino *La Segunda* difiere en algunos aspectos de la anterior. Según este medio, tras la reunión política a la que asistió Pino Navia, un grupo de militantes y adherentes de la UP, incluida la víctima, avanzó por calle Salvador Gutiérrez presumiblemente gritando cantos y consignas a favor del gobierno. Por razones que no han podido ser esclarecidas, apunta el periódico, se produjo una riña con un grupo de adherentes de la Democracia Cristina frente al número 6113 de la mencionada calle. En el transcurso de la refriega una persona no identificada hizo un disparo con un revólver calibre 22 el cual impactó en la cara del militante Comunista.[37]

El 9 de enero, y en lo que parecía ser una guerra de declaraciones y versiones encontradas, *El Siglo* aportaría "nuevos antecedentes" de lo ocurrido en la comuna de Barrancas, titulando sugerentemente la noticia: *Fascistas de Jarpa asesinaron al obrero del PC*. Para el matutino, que consigna la declaración de varios testigos, entre ellos la de Agustín Lagos, el crimen fue perpetrado por elementos pertenecientes al comando Rolando Matus y a Patria y Libertad, quienes provocaron abiertamente a los partidarios de la UP cuando se realizaba el encuentro político con Volodia Teitelboim. Adicionalmente, *El Siglo* informaría algunos datos personales de Pino Navia, destacando su ejemplar militancia comunista y su relegación en Pisagua en 1949.[38]

Por su parte, *La Segunda* consignó, el 10 de enero, la declaración de la pobladora Olga Vera, reconocida militante de la DC y testigo directo de los incidentes, quien aportaría otros datos sobre lo ocurrido. Según Vera, Pino Navia era un reconocido matón y delincuente del sector, que oficiaba entonces como guardaespaldas de Agustín Lagos, presidente de la JAP. Luego, la pobladora señalaría que fue el militante comunista junto a Lagos quienes la golpearon e insultaron cuando pasaban cerca de su residencia. Al zafarse de la agresión –continúa Vera-

[36] *El Siglo*, Santiago, 8 de enero de 1973, 1. El certificado de defunción de la víctima anota como causa inmediata de la muerte de Pino Navia una herida a bala sin especificar el lugar en donde aquella le impactó. Servicio de Registro Civil e Identificación, folio 17126543, N° de inscripción 95, registro E1, 1973.

[37] *La Segunda*, Santiago, 8 de enero de 1973, 3.

[38] *El Siglo*, Santiago, 9 de enero de 1973, 3.

encontró refugio en la casa de la familia Hernández, donde uno de los hijos del matrimonio logró esconderla en una habitación. Ante ello, Lagos y Navia, junto a otras personas habrían irrumpido violentamente en el hogar, destrozando el mobiliario y golpeando a sus residentes. Cuando revisaban el interior del hogar y se aprestaban a encontrar a Vera, Mario Hernández uno de los hijos del matrimonio, disparó su arma logrando impactar a Pino Navia en la cara; "ahí comenzó la tragedia", sentenció la pobladora.[39]

Las versiones de otros periódicos tienden a coincidir en que la muerte del militante comunista se debió al enfrentamiento que se produjo entre grupos políticamente enfrentados. El matutino *La Tercera*, por ejemplo, sostuvo que antes de que terminara la actividad en donde participaba Pino Navia, éste junto a otros compañeros se retiró del lugar transitando por calle Salvador Gutiérrez. Al pasar frente a la casa de Clara Ríos, ubicada en la misma arteria, había un grupo de militantes de la DC con quienes se inició un áspero intercambio de palabras que culminó cuando Pino Navia recibió un balazo en su mandíbula, lo que le produjo una muerte instantánea[40]. El periódico *La Prensa*, en tanto, señaló una versión similar a *La Segunda* enfatizando, a partir de diversos testimonios, en el perfil supuestamente delictual de Pino Navia. Se acota además que la familia Hernández, según la declaración recogida, se define como políticamente independiente, pero de oposición, sin militar en ningún partido político. A su vez, el subsecretario del Interior, Daniel Vergara, en declaraciones recogidas por *La Tercera*, visualizó el crimen de Pino Navia como "*la continuación de una serie de atentados contra elementos de la Unidad Popular"* agregando que sus autores se encontraban plenamente identificados y que se habían dado instrucciones a Carabineros de Chile para que actuara con el máximo de rigor a fin de evitar este tipo de hechos[41].

Como es posible apreciar, existen puntos discordantes y también coincidentes en la prensa nacional con respecto a la muerte del militante comunista. Las coincidencias radican en el carácter político del crimen y en el hecho de que su autor fue un miembro de la oposición. En

[39] *La Segunda*, Santiago, 10 de enero de 1973, 2.

[40] *La Tercera*, Santiago, 9 de enero de 1973, 6.

[41] *La Tercera*, Santiago, 9 de enero de 1973, 6.

este sentido, ningún medio de prensa planteó la tesis de un enfrentamiento fratricida entre facciones de la izquierda o alguna hipótesis similar.

Es posible suponer, entonces, que tras la actividad de proclamación de Volodia Teitelboim algunos militantes y adherentes hayan improvisado una pequeña marcha por los alrededores del sector, vociferando algunas consignas a favor de la UP. En esas circunstancias, encontrarse con un grupo opositor auguraba un inclemente intercambio de epítetos y ofensas que rápidamente podía escalar hasta transformarse en un enfrentamiento físico de insospechadas consecuencias. Con seguridad, la muerte de Pino Navia fue precedida de algún tipo de enfrentamiento, ya sea físico o verbal, entre facciones y grupos que se sentían excluyentes entre sí.

Por otra lado, la participación de un miembro de las JAP, identificado como Agustín Lagos, le entrega un tinte adicional al hecho a partir del contexto nacional en curso, en donde los problemas de desabastecimiento de mercaderías -y las críticas que se hacían precisamente al rol de dichas Juntas- hace suponer algunos conflictos preexistentes en el sector donde ocurriera la muerte de Pino Navia. Tales problemas, pues, unidos al contexto general por el que atravesaba el país podrían situarse como los factores desencadenantes de aquellos enfrentamientos que terminaron con la vida del poblador.

"El país entregado a las hordas rojas". La muerte de José Ahumada Vásquez.

La temporada preelectoral de 1973 dejó una atmósfera densa y conflictiva en gran parte del territorio nacional. Tras los resultados del 4 de marzo existió una sensación generalizada de que estos no lograron destrabar los problemas institucionales más apremiantes. Ello se hizo patente en virtud de que ni la oposición había alcanzado una mayoría abrumadora que le permitiera desarticular al gobierno, ni la izquierda era una tendencia marginal dentro del espacio político como para no continuar con el proceso de transformaciones. De algún modo, esta sensación de empate y equilibrio entre fuerzas políticamente enfrentadas, en donde ninguna podría derrotar en el corto plazo a la otra, logró acrecentar la idea en torno a una lucha de largo aliento, posiblemente de desgaste, entre las bases militantes de cada colectividad. En otras palabras, si la instancia electoral de marzo no había podido explicitar con nitidez un ganador y un perdedor, se entendía que en lo sucesivo la lucha proseguía, de un modo más cruento y feroz, hasta resolver la disputa entre dos bloques o tendencias abiertamente enfrentadas. Así, la lucha callejera se haría

prácticamente semanal y las formas específicas de agresión dieron cuenta de una violencia y temeridad sin límites.[42]

La muerte de José Ahumada Vázquez se produjo en el contexto de los desórdenes callejeros que desde el día 25 de abril se habían vuelto periódicos en el centro de la capital, dejando un saldo de aproximadamente 120 heridos y un número altísimo de detenidos. El día 27 de ese mes, en horas de la tarde, una numerosa columna de obreros y estudiantes inició una marcha por el centro de Santiago. Al pasar frente a la sede de la Democracia Cristiana se iniciaron los enfrentamientos que derivaron en la muerte de Ahumada Vásquez a causa de un disparo. El hecho, junto con causar una profunda conmoción entre los asistentes a la marcha, dio pie para que la prensa señalase distintas interpretaciones.

Como era de suponer, el periódico *El Siglo* cubrió ampliamente la noticia por casi una semana. En su edición del 28 de abril señaló que las ráfagas de metralleta que mataron a Ahumada provinieron desde la sede del PDC en momentos en que los obreros de la construcción y del Cordón Cerrillos pasaban frente a dicho edificio. "Los asesinos –continúa el matutino- prácticamente fusilaron a los obreros disparando una metralleta y revólveres desde el cuarto piso."[43]

La Nación entregaría una versión similar aportando otros datos sobre lo ocurrido. Según este medio, la Radio Balmaceda, perteneciente a la DC, comenzó a preparar un clima belicoso desde las 15 horas en adelante, señalando que la sede del partido estaba siendo asaltada, frente a lo cual se hacía un llamado, a la base militante, a defenderla. A las 18:30 –continúa el periódico- y cuando ya se sabía de la muerte de un obrero, la radioemisora no hizo ninguna mención al respecto.[44]

---

[42] Casi dos semanas después de los comicios, el 16 de marzo, fallecerían producto de un confuso enfrentamiento armado, ocurrido en un campamento del sector de La Reina, los jóvenes democratacristianos Sergio Vergara Contreras (Certificado de defunción folio 14726332, N° de inscripción 332, 1973) y Germán González Menares (Certificado de defunción folio 17836098, N° de inscripción 331, 1973). Al igual que en otros casos, las versiones de prensa respecto a los autores de la muerte de Contreras y González fueron igualmente contrapuestas. La mirada oficialista se encuentra en *El Siglo*, Santiago, 17 de marzo de 1973, 3, mientras que la versión de la oposición se puede rastrear en *La Tercera*, Santiago, 17 de marzo de 1973, 26 y *La Prensa*, Santiago, 17 de marzo de 1973, 8.

[43] *El Siglo*, Santiago, 28 de abril de 1973, 9.

[44] *La Nación*, Santiago, 28 de abril de 1973, 1.

En la prensa opositora se pudieron observar algunos matices. *El Mercurio* no minimizó la muerte del trabajador toda vez que informó detalladamente de lo ocurrido e incluso en su portada dio cuenta de la víctima de fatal. En sus páginas interiores se consignaron las distintas versiones existentes; desde la que responsabilizaba como victimarios a miembros de la DC hasta aquella que sostenía que los manifestantes lanzaron piedras a la sede política lo que habría generado la actuación de Carabineros quienes procedieron a disparar al aire.[45]

En el caso de *La Prensa* -matutino perteneciente a la DC- se pudo observar una tendencia manifiesta a desviar la atención de los hechos. Desde ya la portada del día 28 de abril fue bastante significativa a este respecto. El titular que encabezaba dicha edición señaló: *Suplantadas las Fuerzas Armadas y Carabineros. El país entregado a las hordas rojas*. En una esquina otro titular que resultaba estremecedor: *Mataron a cadenazos a liceana DC en Quillota*. En la parte central de la portada el titular principal: *Asaltada y baleada sede central del PDC*. En la parte inferior, en tanto, otro titular sugerente: *Disparos y piedras contra "La Prensa."*[46] Recién en las páginas interiores de este rotativo se consignó, aunque de forma muy breve, la existencia de un fallecido quien "cayó frente a los árboles situados [frente] a la sede del PDC."[47]

No deja de ser significativa la forma en cómo este medio abordó, o mejor dicho ignoró, el fallecimiento del obrero comunista. La trágica muerte de una liceana en Quillota, a manos de un grupo de extremistas de la UP –como señalara este periódico- resultaba ser una información desconcertante y de alto impacto. Sin embargo, este mismo medio reconocería días después que tal noticia había sido un error, pues solo se trató de un incidente menor y sin víctimas fatales. Por cierto dicho desmentido se hizo en un minúsculo recuadro de una página interior.[48]

Si bien existieron explicaciones encontradas de lo sucedido, la versión que entregase la DC en el sentido de que José Ahumada fue asesinado por sus propios compañeros resulta discutible. Si ello hubiese ocurrido así, quienes rodeaban a la víctima podrían haber visto al atacante o al menos

[45] *El Mercurio*, Santiago, 28 de abril de 1973, 1.

[46] *La Prensa*, Santiago, 28 de abril de 1973, 1.

[47] *La Prensa*, Santiago, 28 de abril de 1973, 5.

[48] *La Prensa*, Santiago, 30 de abril de 1973, 5.

escuchar el origen del disparo. Se podría haber arrestado incluso al responsable del hecho. Tampoco es del todo creíble la posibilidad de que el atacante haya sido un Carabinero. Si la policía realizó disparos al aire resulta difícil que la bala impacte directamente en el tórax de la víctima como ha consignado su certificado de defunción.[49] Todo hace pensar que tras los incidentes producidos en las afueras de la sede de la DC se produjo un áspero intercambio verbal entre los trabajadores y los militantes falangistas, algunos de los cuales estaban apostados en los balcones y pisos superiores de la sede, iniciándose entonces una refriega que incluiría piedrazos, agresiones con elementos contundentes y, por cierto, balazos. El subsecretario del Interior, Daniel Vergara, no dudaría en señalar que los autores de los disparos fueron "obviamente militantes de esa colectividad."[50]

"La sangre del nacionalismo liberará a Chile". La muerte de Mario Aguilar Rogel

Una semana después del crimen de José Ahumada, y cuando el clima de violencia parecía no desaparecer, se produjo una nueva víctima civil en el centro de Santiago: Mario Aguilar, militante y activo dirigente de Patria y Libertad. En virtud de los antecedentes proporcionados por parte de la prensa, resulta inevitable apuntar que la muerte de Aguilar, ocurrida en la tarde del 4 de mayo, fue sencillamente cinematográfica.

Ese día, Patria y Libertad convocó a una marcha por el centro de Santiago, concentrándose el grueso de sus militantes en calle Bandera. Según consignó *El Mercurio*, al llegar a la intersección de las calles Huérfanos con Ahumada, la columna de nacionalistas se encontró con miembros del MIR originándose, como era de esperar, graves enfrentamientos entre ambos grupos. De un momento a otro, según consigna este medio, hizo su aparición un vehículo desde el cual se bajaron algunos individuos que procedieron a disparar en contra de los militantes de Patria y Libertad.[51] Según este movimiento, Mario Aguilar, al ser testigo de cómo disparaban a sus compañeros y particularmente en contra de Ernesto Müller salió en persecución de uno de los atacantes quien intentó escabullirse dentro de un edificio, ubicado en el número 1022 de calle

[49] Servicio de Registro Civil e Identificación, folio 14726227, N° de inscripción 904, Registro E1, 1973.

[50] Declaraciones consignadas en *El Mercurio*, Santiago, 29 de abril de 1973, 29.

[51] *El Mercurio*, Santiago, 5 de mayo de 1973, 1. Una versión similar de estos hechos es desarrollada en Díaz, *Patria y Libertad*, 240 y ss.

Huérfanos.[52] En una escalinata interior, según consigna *La Prensa*, Aguilar prácticamente dio alcance al atacante el cual sorpresivamente y sin mediar forcejeo alguno le disparó hiriéndolo mortalmente en el abdomen.[53] Tras la huída de los atacantes se pudo constatar la magnitud del ataque; un muerto, un herido grave, correspondiente a Ernesto Müller quien recibió siete balazos en el cuerpo, pero que no obstante se recuperaría, y decenas de daños materiales a causa del enfrentamiento.

La prensa opositora culparía a los sectores más extremos de la izquierda, particularmente al MIR, como los responsables del crimen. Patria y Libertad, al igual que en el caso de la muerte de Héctor Castillo Fuentealba ocurrida en diciembre de 1972, dedicó una edición especial a su segundo militante muerto. La portada de dicha publicación graficó una leyenda que se deslizaba entre la acusación y la advertencia: *¡Asesinos! La sangre del nacionalismo liberará a Chile*. Adicionalmente, se responsabilizaba, ya en páginas interiores, al gobierno "y sus bandas armadas que actuaban en la impunidad".[54]

El periódico *El Siglo* fue reacio a reconocer la participación de miembros de la izquierda en estos sucesos, De hecho, sostuvo que los enfrentamientos fueron provocados por militantes de Patria y Libertad, consignando a través de diversos relatos, la presencia de un misterioso automóvil rojo de marca Volvo desde donde se habrían realizado los disparos. Estos antecedentes, según comentara el matutino, "demostrarían que la acción estaba previamente concertada."[55] El seis de mayo, este mismo periódico entregaría la identidad de la víctima fatal, reconociendo su pertenencia a Patria y Libertad, pero insistiendo en que el enfrentamiento se produjo entre militantes del grupo fascista y desconocidos.[56]

---

[52] *Patria y Libertad*, Santiago, 11 de mayo de 1973, 3.

[53] *La Prensa*, Santiago, 5 de mayo de 1973, 1. *El Mercurio*, en su edición del 5 de mayo, entrega la misma versión de lo sucedido. El certificado de defunción de la víctima, en tanto, corrobora la versión de estos medios al señalar como causa de muerte de Aguilar una herida a bala abdomino pelviana complicada y anemia aguda. Servicio de Registro Civil e Identificación, folio 19272313, N° de inscripción 459, 1973.

[54] *Patria y Libertad*, Santiago, 11 de mayo de 1973, 7.

[55] *El Siglo*, Santiago, 5 de mayo de 1973, 9.

[56] *El Siglo*, Santiago, 6 de mayo de 1973, 2.

Todo hace pensar que se trató de un enfrentamiento directo entre grupos rivales, cuyo escenario principal fueron las calles del centro de la capital, transformadas desde hacía tiempo en un campo de batalla habitual para diversos actores. En este sentido resulta difícil pensar, en virtud de los testimonios que recogió la prensa escrita, en un ajuste de cuentas dentro del movimiento Patria y Libertad, tanto por el lugar como por la forma en que sucedió la muerte de Aguilar y el baleo de otras personas. Al parecer los incidentes de calle Huérfanos habrían surgido espontáneamente entre facciones rivales, siendo la lucha por dominar un espacio físico y la determinación, fría y calculada, por eliminar de ese mismo espacio a un enemigo político los factores más determinantes en la muerte del militante frentepatrista.

Tras la muerte de Aguilar, la espiral de violencia y enfrentamientos siguió su curso ascendente. Desde distintos puntos del país llegaban informaciones sobre baleos, atentados y heridos de diversa consideración. En ese marco, la huelga de los mineros de El Teniente, iniciada el 18 de abril, se situaba como uno de los acontecimientos más conflictivos del primer semestre. La firmeza, extensión y capacidad de convocatoria del movimiento huelguístico generaría nuevas situaciones de enfrentamiento y violencia.

Muerte en la carretera. El caso de Juan Bautista Ayala

Desde la muerte de Mario Aguilar y hasta los sucesos del Tanquetazo, el número de víctimas civiles parecía no descender. A la muerte del minero Luis Bravo Morales ocurrida en Rancagua el 30 de mayo se sumaría la del estudiante mirista Nilton Da Silva el día 15 de junio en Santiago, luego de violentos incidentes registrados en la calle San Martín ubicada muy próxima a la Alameda.[57] Dos semanas más tarde caían, producto del enfrentamiento armado del 29 de junio, los civiles Victoria Sánchez Carrasco[58], Leontina Reyes[59], Luciano Caro[60], Carlos Fuentes[61],

[57] Como es de suponer, la revista *Punto Final* fue la que entregó mayor cobertura de lo sucedido. En su edición del 3 de julio de 1973 dedicó dos páginas completas de su sección *internacionalismo revolucionario* a cubrir las alternativas del crimen. Junto a una serie de antecedentes personales de la víctima, en donde se recalcó su lucha contra la dictadura brasileña, este medio señaló que el día 15 de junio Da Silva había acudido "al llamado de la clase obrera" tendiente a parar la ofensiva de las fuerzas reaccionarias y del fascismo criollo. Una vez llegado al centro de la capital, continúa la publicación, el estudiante cayó víctima de una "emboscada artera y criminal siendo alcanzado por las mismas balas que, tiempo atrás, habían matado al obrero Ricardo Ahumada. *Punto Final*, 3 de julio de 1973, 8 - 9.

[58] Certificado de defunción folio 17955583, N° de inscripción 825, 1973.

[59] Certificado de defunción folio 19278973, N° de inscripción 622, 1973.

Jorge Fierro Inostroza[62] y Leonardo Henrichsen.[63] Tras el Tanquetazo, los ánimos se polarizaron hasta niveles extremos. Desde la prensa oficialista se profirieron toda clase de acusaciones y diatribas en contra de los sublevados y particularmente contra los autores intelectuales de la asonada, identificados rápidamente como dirigentes de Patria y Libertad. Por otro lado, los atentados y desórdenes callejeros, y con ellos las acusaciones cruzadas en torno a su origen y responsabilidad, retomaron su curso ascendente.

Hacia fines de julio se fueron sincronizando diversos hechos que denotaron, una vez más, cómo la violencia, el extremismo y la intransigencia política lograban articular las estrategias y comportamientos de diversos actores. El 25 de ese mes, los camioneros, liderados por un infatigable León Vilarín, anunciaban un nuevo paro nacional de transportes en respuesta, según informaron, al incumplimiento de los compromisos contraídos por el gabinete de Prats en octubre del año anterior. Desde la izquierda se acusó, y para ser más precisos se demonizó, al gremio transportista y sus dirigentes, toda vez que se sospechaba -no sin razón- que la huelga tenía como fin último la caída del gobierno.

El 26 de julio ocurrió en el sur del país la violenta muerte de un conductor del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP). Se trataba de Juan Bautista Ayala Orellana quien, según los testimonios recabados, recibió una pedrada en su cabeza mientras conducía un camión. La muerte de Ayala, y sobre todo el elemento material con que se le agredió, daban cuenta de un clima ensombrecido por la agresividad y frialdad de algunos sujetos que no escatimaban recursos para

---

[60] Certificado de defunción folio 19279048, N° de inscripción 1.401, registro E1, 1973.

[61] Certificado de defunción folio 19279200, N° de inscripción 980, 1973.

[62] Certificado de defunción folio 17955786, N° de inscripción 638, 1973.

[63] Henrichsen (Certificado de defunción folio 17959080, N° de inscripción 827, 1973) era un camarógrafo sueco-argentino que, como sabemos, logró filmar su propia muerte al dirigir su cámara hacia una patrulla militar desde donde, imprevistamente, un uniformado se dio media vuelta, apuntó su pistola y le disparó fríamente. La secuencia puede verse en el documental de Patricio Guzmán La Batalla de Chile. Tercera parte: El golpe de Estado (Chile, Cuba, Francia: 1975, 1976, 1978). Los eventos del Tanquetazo se encuentran registrados en diversas fuentes. Véase, entre otros, Prats, *Testimonio*, 417-422; Manuel Fuentes, *Memorias Secretas de Patria y Libertad* (Santiago: Grijalbo, 1999); *El Mercurio*, Santiago, 30 de junio de 1973, 8; *Principios*, julio-agosto de 1973, 158; *La Tercera*, Santiago, 9 de julio de 1973, 3.

castigar a sus rivales. Los elementos contundentes, en este caso piedras de gran tamaño, fueron utilizados a lo largo de estos meses para proferir toda clase de agresiones, heridas y daños de la más diversa índole.

En la Unidad Popular, las agresiones con estos objetos se pueden contabilizar por miles. En la mayoría de los incidentes entre grupos rivales, las piedras ocupaban un lugar importante dentro del arsenal de armas y elementos con que se procedía a defender o agredir a otros. Inclusive en los espacios urbanos, donde el cemento y las áreas verdes copaban la totalidad del plano, las piedras aparecían tarde o temprano dentro de la refriega.[64] En las carreteras, y a propósito del paro de los camioneros, las agresiones con este tipo de elementos se hicieron habituales.

En ese marco se inserta la mortal agresión que recibiera el chofer Juan Bautista Ayala en una carretera de la décima región el 26 de julio. Como parte de una caravana de camiones fiscales que volvía desde Valdivia a Puerto Montt, señala el periódico osornino *La Prensa*, la víctima y sus compañeros fueron interceptados por algunos automóviles en la carretera longitudinal sur N° 5 a la altura del kilómetro 12. En dicho lugar los ocupantes de uno de los vehículos comenzaron a lanzar piedras en contra de los camiones. Una de ellas, luego de romper el parabrisas, impactó en la cabeza de Ayala resultando con una fractura frontal expuesta que le ocasionó la muerte instantánea.[65]

La versión de *El Siglo*, concordó en varios aspectos con aquella del periódico regional. Sin embargo, a la hora de atribuir responsabilidades, el matutino comunista fue claro en señalar a

[64] En tiempos de la Unidad Popular gran parte de la Alameda Bernardo O´Higgins, principal arteria capitalina, estuvo intervenida a propósito de los trabajos por la construcción del ferrocarril subterráneo. Ello significó que cada seis o siete cuadras, desde Avenida San Pablo en el poniente y hasta las cercanías del Palacio de La Moneda, se realizaran excavaciones que implicaban la remoción de toneladas de tierra y piedras. Una parte de ese material, que se esparcía al ser trasladado a otras zonas, quedaba tirado en las inmediaciones cercanas a los trabajos pasando a constituir, junto con maderas, fierros y otros implementos, un arsenal virtualmente "gratuito" y en grandes cantidades para cientos de manifestantes. Sobre el proyecto de construcción del Metro de Santiago y su impacto en la ciudad, véase, Andra B. Chastain, "Vehicle of Progress: The Santiago Metro, Technopolitics, and State Formation in Chile, 1965–1989" (PhD diss., Yale University, forthcoming), Chapter 4.

[65] *La Prensa*, Osorno, 28 de julio de 1973, 8.

Patria y Libertad, y en términos más amplios al "paro sedicioso" dirigido por León Vilarín, como los autores del crimen.[66]

El certificado de defunción de la víctima concuerda plenamente con las apreciaciones de la prensa en torno a la causa de su muerte. El documento anota un traumatismo encéfalo craneano abierto complicado, fractura expuesta frontal y destrucción de la masa encefálica, fijando su fallecimiento a las 20:00 horas.[67]

Los últimos días de julio y la primera quincena de agosto parecieron concentrar, con inusitada crueldad, muertes bastante dramáticas.[68] El telón de fondo estaba marcado por una huelga del gremio transportista cada vez más intensa, que lograba activar discursos y declaraciones cada vez más polarizados. Todo hace indicar que se trató de una microcoyuntura en extremo violenta que duraría cerca de 15 días.

Desde la segunda quincena de agosto en adelante y hasta la víspera del golpe militar los factores que decantarían una salida extrainstitucional a la grave crisis social y política existente fueron acoplándose y transitando en una dirección común, y posiblemente, a una misma velocidad.[69]

---

[66] *El Siglo*, Santiago, 28 de julio de 1973, 16.

[67] Servicio de Registro Civil e Identificación, folio 13149997, N° de inscripción 412, 1973.

[68] El mismo 26 de julio fallecería a causa de disparos propinados por desconocidos el obrero de Paños Continental, Manuel Garrido Valenzuela. En agosto, en tanto, fallecerían: el obrero puntarenense Manuel González Bustamante (6 de agosto) a causa de un disparo propinado por una patrulla militar; Raquel Toledo (7 de agosto) a causa de un traumatismo encéfalo craneano producido por el impacto de una piedra arrojada al camión donde viajaba como acompañante y Oscar Balboa Elgueta (18 de agosto) dirigente del MOPARE y fallecido a causa de un disparo en un confuso incidente. Los detalles de la muerte de Garrido Valenzuela (Certificado de defunción folio 17955127, N° de inscripción 1.633, registro E1, 1973) se pueden seguir a través de *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 26 de julio de 1973, 10 y *El Siglo*, Santiago, 27 de julio de 1973, 16. Para el caso del obrero Manuel González (Certificado de defunción folio 17957126, N° de inscripción 318, 1973) véase, *La Prensa*, Osorno, 7 de agosto de 1973, 1. La muerte de Raquel Toledo (Certificado de defunción folio 16806619, N° de inscripción 302, 1973) fue cubierta por *El Siglo*, Santiago, 7 de agosto de 1973, 9 y *El Mercurio*, Santiago, 8 de agosto de 1973, 19. Los antecedentes del caso de Óscar Balboa (Certificado de defunción folio 17955236, N° de inscripción 1.785, registro E1, 1973) se encuentran detallados en *El Siglo*, Santiago, 19 de agosto de 1973, 1 y *El Mercurio*, Santiago, 19 de agosto de 1973, 33.

[69] A fines de ese mismo mes detectamos la muerte de Héctor Lacrampette (29 de agosto) subteniente de la Escuela Militar el que, vistiendo de civil, fue acribillado a balazos por desconocidos que se movilizaban en una camioneta a la cual se había subió la víctima. En los primeros días de septiembre y hasta justo antes del golpe militar detectamos el fallecimiento de tres civiles, dos de los cuales perecerían el día 4: el estudiante Gunter Warken producto de una herida a bala en el marco de un enfrentamiento ocurrido días atrás en Linares y el transportista Mario Montuschi a causa de un proyectil disparado presumiblemente por Carabineros en el contexto de una manifestación callejera cerca de San Antonio. El día 10 en tanto, fallecería otro camionero, Guillermo Valdés Inostroza quien fuese asesinado

Desde el ámbito institucional la Cámara de Diputados aprobaría su ya famoso pronunciamiento en donde declaraba el grave quebrantamiento de legalidad por parte del gobierno, al tiempo que se hacía un perentorio llamado a los ministros militares a poner inmediato término a las situaciones de hecho que infringieran la Constitución y las leyes. En las Fuerzas Armadas operaban cambios igualmente significativos siendo el más importante la renuncia de Carlos Prats a su cargo de Comandante en Jefe y al de Ministro de Defensa. Desde los gremios se observaba una contraofensiva contundente que no podía esconder ya su propósito de ponerle término al gobierno. Y en el oficialismo, en tanto, su capacidad de maniobra y ejecución se encontraba prácticamente cancelada, pues, como ha apuntado acertadamente un autor, ni su línea gradualista institucional ni su ala revolucionaria habían logrado hegemonizar la conducción del gobierno, por lo que en términos generales, la izquierda se encontraba para fines de agosto formalmente derrotada.[70]

3.- Conclusiones

En el marco de un escenario complejo, abierto en el segundo semestre de 1972 y caracterizado por el enfrentamiento y la polarización política, se produjeron las muertes de civiles que hemos consignado en este capítulo. Mirado en su conjunto, esta realidad se situó como un fenómeno problemático, pues su recurrencia -con al menos un muerto civil cada mes y microcoyunturas que, como el Tanquetazo, dejaban un número elevado de fallecidos y heridos de gravedad en pocas horas- resulta indicativo de un periodo en donde la eliminación física de un oponente se visualizó como un recurso válido y legítimo dentro de la lucha política en curso.

Si la muerte de civiles no resulta un dato concluyente para reafirmar la idea en torno a un cuadro generalizado de violencia política, consideremos entonces otros factores como los atentados

según diversas fuentes por el chofer Segundo González en la zona de Parral. El caso del subteniente Héctor Lacrampette (Certificado de defunción folio 17956300, N° de inscripción 1.864, registro E1, 1973) fue ampliamente cubierto por *El Mercurio*, Santiago, 30 de agosto de 1973, 1 y *La Tercera*, Santiago, 30 de agosto de 1973, 16 -17. La compleja muerte del joven Gunther Warken (Certificado de defunción folio 17958370, N° de inscripción 223, 1973) fue abordada por *La Mañana*, Talca, 6 de septiembre de 1973, 5 y *El Mercurio*, Santiago, 5 de septiembre de 1973, 18. Para el caso del transportista Mario Montuschi (certificado de defunción folio 17957426, N° de inscripción 1.922, registro E1, 1973) véase, *Tribuna*, Santiago, 5 de septiembre de 1973, 9 y *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 5 de septiembre de 1973, 3. La muerte de Guillermo Valdés (certificado de defunción folio 17956120, N° de inscripción 304, 1973) fue abordada por *La Segunda*, Santiago, 10 de septiembre de 1973, 20.

[70] Corvalán, *Del anticapitalismo*, 381 y ss.

explosivos, las agresiones físicas en los espacios de movilización y protesta y, como un dato relevante, los heridos a bala en estos mismos contextos. Esta investigación ha podido detectar un total de sesenta heridos graves a bala, sin resultado de muerte, entre octubre de 1972 y septiembre de 1973, como consecuencia de enfrentamientos políticos entre diversos grupos. En la confección de dicho recuento se utilizó información de prensa del periodo tanto de la capital como de regiones.[71]

Algunas declaraciones públicas y testimonios sobre la predisposición de ciertos actores a la hora de enfrentar violentamente a sus rivales resultan igual de significativas que los datos arriba mencionados. En plena campaña electoral con miras a las parlamentarias de marzo de 1973, dos altos dirigentes del Partido Nacional expresarían sendas advertencias respecto a sus rivales políticos. Juan Luis Ossa, por entonces Presidente de la Juventud Nacional, anunció que respondería incluso con armas de fuego a las provocaciones y asaltos marxistas a militantes de la JN.[72] Al día siguiente, y en lo que parecía una reafirmación de la postura nacionalista, Sergio Onofre Jarpa declararía: "…Si no hay garantías para trabajar y vivir con un mínimo de seguridad, llegará el momento en que cada chileno tendrá que hacerse justicia por su propia mano y devolver bala por bala".[73] Igual de enfático fue el diputado de esta tienda, Víctor Carmine quien en un foro de actualidad política organizado por Radio Cooperativa señalaría: "Yo siempre he sostenido que el marxista bueno es el marxista muerto. No le quepa duda a nadie."[74] Como es de suponer, dichas afirmaciones derivaron en una fuerte polémica con el resto de los panelistas, en especial con Mireya Baltra.

[71] Los periódicos utilizados en este recuento con sus respectivas ediciones fueron: *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 29-11-1972, 26-7-1973; *La Prensa*, Osorno, 11-12-1972, 19-5-1973; *El Siglo*, Santiago, 22-12-1972, 31-5-1973, 2-6-1973, 3-6-1973, 21-6-1973, 26-6-1973, 27-6-1973, 30-6-1973, 30-7-1973, 4-8-1973; *Tribuna*, Santiago, 20-1-1973, 25-1-1973, *La Tercera*, Santiago, 12-2-1973, 22-8-1973, 23-8-1973; *El Sur*, Concepción, 16-2-1973, 11-5-1973; *La Prensa*, Santiago, 28-4-1973, 30-8-1973; *El Mercurio*, Santiago, 5-5-1973, 21-5-1973, 16-6-1973, 18-6-1973; *El Mercurio*, Valparaíso, 1-8-1973; *La Segunda*, Santiago, 21-8-1973, 23-8-1973, 5-9-1973, 6-9-1973.

[72] Declaraciones recogidas en *La Segunda*, Santiago, 19 de enero de 1973, 24.

[73] La Segunda, Santiago, 20 de enero de 1973, p. 2. En una óptica similar se ubicaría la estrategia de choque del Frente Nacionalista Patria y Libertad. Según Díaz, tras la muerte de su militante Héctor Castillo Fuentealba, ocurrida en diciembre de 1972, este movimiento intensificaría la instrucción paramilitar de sus miembros por lo que las órdenes en torno a rehuir el enfrentamiento y la violencia quedarían derogadas. Véase Díaz, *Patria y Libertad*, 184.

[74] Archivo Radio Cooperativa, Cassett 39/432.Mp3.

El testimonio entregado por Raúl Blanchet a la periodista Nancy Guzmán también es ilustrativo de la predisposición anímica y comportamientos de algunos individuos a la hora de visualizar el enfrentamiento, en este caso respecto al rol jugado por el otrora activo militante comunista en tiempos de la Unidad Popular Miguel Estay Reyno, alias *El Fanta*. En relación a la actitud que los comunistas debían adoptar, en el marco de enfrentamientos callejeros en contra de grupos rivales, Blanchet refiere las indicaciones entregadas personalmente por *El Fanta*: "Eso que antes era una posición política, cuando decíamos que al MIR había que eliminarlo, para *El Fanta* comenzó a ser algo real. Él daba órdenes de atacar a los *miristas* en las manifestaciones, y no a los combos, sino en forma armada."[75] Más adelante, Blanchet relata un tétrico episodio vivido junto a otro militante en el departamento particular de *El Fanta*: "En una ocasión nos hizo a mí y a otro compañero preparar una emboscada a una persona que iba a interrogar… Él nos había dicho que intuía que esa persona se estaba pasando para el enemigo y, por lo tanto, debía verificar su sospecha. De ser cierta, debíamos eliminar, matar a esa persona, porque significaba que era un enemigo. Entonces, él apretaría un botón y sonaría un timbre en la cocina donde nosotros estábamos armados. A esa señal, saldríamos y le dispararíamos… Eso ocurría en pleno gobierno democrático."[76]

Resulta complejo, a la luz de los datos y declaraciones antes consignadas, soslayar o eludir el tema de la violencia política bajo la Unidad Popular, al menos en su fase final de existencia. Desde un punto de vista cuantitativo, los datos entregados en este capítulo nos remiten a hechos de sangre recurrentes,[77] la mayor parte de las cuales ocurriría en escenarios de abierto enfrentamiento entre grupos rivales. Desde un enfoque cualitativo, las declaraciones políticas de algunos dirigentes y militantes reflejaban una predisposición anímica proclive al enfrentamiento y a resolver los problemas, o al menos una parte importante de ellos, a través de la fuerza. Todo lo anterior, por cierto, resultaba transversal a las distintas agrupaciones y colectividades del periodo.

[75] Nancy Guzmán, *El Fanta. Historia de una traición* (Santiago: Ceibo, 2016) 75-76.

[76] Guzmán, *El Fanta*, 100.

[77] Si se consideran los cerca de treinta y cinco casos totales verificados en este periodo (octubre 1972-septiembre de 1973) se podría calcular un promedio de una víctima fatal cada quince días aproximadamente (N. del A.).

Al volver sobre las interrogantes que guiaron nuestra investigación es posible sostener una respuesta afirmativa para ambas. Es decir, que la violencia política sí constituyó una realidad tangible del período de estudio y que las muertes de civiles fueron, en virtud de su recurrencia y características, una de sus expresiones materiales más críticas y significativas. Recordemos que desde octubre de 1972, el país acusaba, entre otras cosas, un desgaste progresivo de sus mecanismos institucionales. Importantes sectores de la oposición y de la izquierda explicitaban que el horizonte de la lucha política se definiría en espacios alternos al campo democrático, por lo que la disputa contingente exigiría extremar los recursos para afrontar tal desafío. En ese marco, el enfrentamiento se visualizaba ya no como algo anecdótico o fugaz, sino como a pugna permanente que incluía, entre otras cosas, asentar una presencia significativa en el espacio público. Esto último implicaba dimensionar a los opositores políticos como enemigos a los cuales se podía (y debía) castigar severamente. Para concretar estos propósitos se hacía necesario recurrir a instrumentos que permitieran insertarse plenamente en la lucha política del día a día. Así, las armas de fuego, objetos contundentes y elementos de diversa composición se situaron como recursos utilizados por un alto número de civiles y militantes.

Adicionalmente conviene insistir en que esta situación, es decir, la eliminación física de un oponente, no respondía a lógicas irracionales que permitan suponer que fueron sujetos enfermos o cegados por la locura y el fanatismo quienes decidieron armarse para luchar políticamente. Las pugnas existentes, aunque extremas, demandaban aplicar criterios lógicos y racionales para afrontarlas y alcanzar los resultados esperados. Y esto fue posible de observar tanto en las muertes que tuvieron como responsables a civiles, y que fueron las mayorías de los casos, como en aquellas cuyos victimarios fueron miembros de las Fuerzas Armadas. Unas y otras, independiente de la adscripción institucional o política del o los autores, contribuyeron en incrementar el clima de polarización y violencia política en el país.

Junto a los elementos hasta aquí desarrollados conviene una reflexión en torno a aspectos más específicos de las temáticas que definieron este estudio. Un primer aspecto dice relación con los espacios físicos donde se materializó la muerte de civiles, siendo la vía pública y algunos edificios los lugares que concentraron la mayor parte de estos casos. De este modo, las calles, plazas y carreteras constituyeron el escenario fundamental en donde las armas de fuego y otros objetos cobraron sus principales víctimas. Estamos hablando de espacios en que algunas de estas

muertes fueron precedidas por cruentos enfrentamientos entre partidarios y opositores del régimen de la Unidad Popular, lo que permite entender el clima de agitación política existente en el momento en ocurrieron los fallecimientos.

La importancia entonces de la violencia urbana como fenómeno político radica no solo en las prácticas y recursos que se movilizaron a la hora de su materialización. También esta perspectiva de análisis permitirá entender fenómenos más amplios, relacionar elementos hasta ahora inconexos, identificar su expresión en otros planos del acontecer social e inclusive plantear nuevas lecturas sobre etapas y periodos que aún resultan conflictivos dentro de la historiografía nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- **Archivos y documentos**

Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Santiago, 1991.

Libro Blanco del cambio de gobierno en Chile. 11 de septiembre de 1973. Secretaría General de Gobierno. Santiago: Editorial Lord Cochrane, 1973.

Servicio de Registro Civil e Identificación. Certificados de defunción, 1972-1973.

Archivos de audio Radio Cooperativa, 1973.

- **Libros**

Angell, Alan. *Chile de Alessandri a Pinochet en busca de la utopía*. Santiago: Andrés Bello, 1993.

Arancibia, Patricia. *Los orígenes de la violencia política en Chile. 1960-1973*. Santiago: Universidad Finis Terrae/Instituto Libertad y Desarrollo, 2001.

Arancibia, Patricia, María de los Ángeles Aylwin y Soledad Reyes. *Los hechos de violencia en Chile: del discurso a la acción*. Santiago: Universidad Finis Terrae-Instituto Libertad y Desarrollo, 2003.

Contreras, Manuel. *La verdad histórica. El Ejército Guerrillero*. Santiago: Ediciones Encina, 2000.

Corvalán, Luis. *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile*. Santiago: Sudamericana, 2001.

Corvalán, Luis. *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*. Santiago: Universidad Bolivariana, 2004.

Díaz, José. *Patria y Libertad. El Nacionalismo frente a la Unidad Popular*. Santiago: Centro de Estudio Bicentenario, 2015.

Estefane, Andrés y Gonzalo Bustamante [comp.], *La agonía de la convivencia. Violencia política, historia y memoria*. Santiago: RIL, 2014.

Fuentes, Manuel. *Memorias secretas de Patria y Libertad*. Santiago: Grijalbo, 1999.

Goicovic, Igor; Julio Pinto, Ivette Lozoya & Claudio Pérez (compiladores), *Escrita con sangre. Historia de la violencia en América Latina: Siglos XIX y XX*. Santiago: Usach- Ceibo Ediciones-Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2013.

Guzmán, Nancy. *El Fanta. Historia de una traición.* Santiago: Ceibo, 2016.

Ibáñez, Adolfo. *Abrazado por la revolución: ideología y totalitarismo en Chile. 1960-1973.* Santiago: Biblioteca Americana, 2004.

Martínez, Javier, Eugenio Tironi y Eugenia Weinstein. *Personas y escenarios en la violencia colectiva*. Santiago: Sur, 1990.

Molina, Carlos y Francisco Balart. *La violencia política en Chile.* Santiago: Biblioteca Militar, 1999.

Moulián, Tomás. *Violencia y Política*. Santiago: FLACSO, 1981.

Moulián, Tomás. *Chile actual. Anatomía de un mito.* Santiago: Lom, 1997.

Pinto, Julio, ed. *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*. Santiago: Lom, 2005.

Pinto, Julio, ed. *Fiesta y drama. Nuevas historias de la Unidad Popular*. Santiago: Lom, 2014.

Prats, Carlos. *Memorias. Testimonio de un soldado.* Santiago: Pehuén, 1985.

Rolle, Claudio, coord. *1973. La vida cotidiana de un año crucial.* Santiago: Planeta, 2003.

Salazar, Gabriel. *La violencia política popular en las "Grandes Alamedas". La violencia política en Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico-popular).* Santiago: Lom, 2006.

Salazar, Manuel. *Chile 1970-1973*, Santiago: Sudamericana, 2003.

Universidad Arcis. *Tres Décadas después. Lecturas sobre el derrocamiento de la Unidad Popular*. Santiago: Arcis, 2004.

Valenzuela, Arturo. *El quiebre de la democracia en Chile*. Santiago: FLACSO, 1978.

Winn, Peter. *Tejedores de la Revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*. Santiago: Lom, 2004.

- **Artículos**

Gaudichaud, Franck. "A 40 años del golpe. Historiografía crítica y pistas de investigación para (re) pensar la Unidad Popular." *Tiempo Histórico*, N° 6, 2013.

Pinto, Julio. "Os fantasmas da Unidade Popular: Um vazio inquietante na historiografía chilena." *ANPHLAC*, N° 14, 2013.

- **Tesis**

Chastain, Andra B. "Vehicle of Progress: The Santiago Metro, Technopolitics, and State Formation in Chile, 1965–1989" (PhD diss., Yale University, forthcoming), Chapter 4.

Morales A, Francisco. "Los mataron a balazos… a golpes… y a piedrazos. Muerte de civiles en contexto de violencia política urbana. Chile, octubre de 1972 a septiembre de 1973" (Tesis de Magíster, Universidad de Santiago, 2016).

- **Revistas**

Patria y Libertad: 1972, 1973.

Principios: 1973.

Punto Final: 1973.

Qué Pasa: 1972.

- **Periódicos**

Clarín: 1972, 1973.

El Diario Austral: 1973.

El Correo de Valdivia: 1973.

El Mercurio, Santiago: 1972, 1973.

El Mercurio, Valparaíso: 1972.

El Siglo: 1972, 1973.

El Sur: 1972, 1973.

La Discusión: 1972.

La Mañana: 1973.

La Nación: 1972, 1973.

La Prensa, Santiago: 1973.

La Prensa, Osorno: 1973

La Segunda: 1972, 1973, 1999.

La Tercera: 1972, 1973.

Las Noticias de Última Hora: 1972, 1973.

Las Últimas Noticias: 1972, 1973.

Tribuna: 1973.

- **Material Audiovisual**

Guzmán Patricio, La Batalla de Chile. Tercera parte: El golpe de Estado (Chile, Cuba, Francia: 1975, 1976, 1978).